

MECANÓPOLIS, DÍA CERO

Alfredo Marcos

Universidad de Valladolid

amarcos@fyl.uva.es

Ha sido y es Alicia Villar, para muchos de nosotros, la vía de aproximación más fiable a la enseñanza de don Miguel de Unamuno. ¡Gracias, Alicia! Recuerdo que algún día se nos quedó como enredada la conversación entre las calles de Mekanópolis. Volveré hoy a pasear un rato por esa ciudad unamuniana, a visitarla en compañía de quien quiera seguir leyendo y con la guía de la profesora Villar, que tiene ya muy recorridos todos los rincones de la localidad.

1. ¿QUÉ ES MECANÓPOLIS?

Mekanópolis es una ciudad inventada por Unamuno, un lugar en ningún sitio, pleno de máquinas y vacío de gente. El nombre de la misma sirve también como título para un cuento de aires distópicos, muy en la senda del *Erewhom* de Samuel Butler, con apenas cuatro páginas, que apareció publicado por primera vez en el suplemento literario *Los Lunes*, del periódico madrileño *El Imparcial*. Fue un 11 de agosto de 1913. A partir de ahí, este relato escrito por Unamuno ha conocido numerosas ediciones. Citaré solo las dos más recientes que conozco, para que se aprecie que el texto sigue concitando interés. Incluso, a medida que la automatización de nuestro entorno va ganando terreno, esta narración nos da más y más que pensar. La propia Alicia Villar se ocupó en 2017 de editar cuidadosamente el texto dentro del libro titulado *Escritos sobre la ciencia y el cientificismo*. Por otra parte, ese mismo año apareció una versión del cuento adaptada por Estefanía Abril e ilustrada por Ana Burgos¹.

El relato comienza, por así decirlo, *in media res*, un tanto al estilo existencialista, con el protagonista arrojado ahí, sin más, en mitad de un desierto. Al parecer atravesaba el paraje en compañía de algunas personas, quienes o bien perecieron en el intento o bien quedaron vagamente perdidas entre las dunas del cuento. El caso es que el solitario viajero, para su

¹ M. de UNAMUNO, "Mekanópolis", en M. de UNAMUNO, *Escritos sobre la ciencia y el cientificismo*, edición de Alicia Villar, Tecnos, Madrid 2017, pp. 337-342; M. de UNAMUNO, *Mekanópolis*, adaptación de Estefanía Abril e ilustraciones de Ana Burgos, Editorial Premium, Sevilla 2017.

alivio, da con un oasis y en el oasis le sorprende una estación de ferrocarril, desde la que toma un tren sin saber hacia dónde. Ni pasajeros ni tripulación a bordo. Solo él. Un tren tan veloz que apenas permite ver el paisaje. Empieza a construir ya el autor la atmósfera de soledad humana y de velocidad tecnológica en la que se desarrollará el resto de la historia. Sucede esta en una extraña urbe –Mecanópolis, claro está- a la que finalmente arriba el convoy con su único viajero. Les ahorro, por lo demás, el detalle de la peripecia. Baste saber que ni persona humana ni bicho viviente halló nuestro héroe, ni planta siquiera, y todo máquinas, eso sí, de muy subida eficiencia. Tranvías, automóviles, dispensadores automáticos de comida y así etcétera. Todo un mundo de exquisita funcionalidad al servicio de nadie. Evito también la inelegancia de fusilar aquí mismo el final del cuento, pues con lo dicho tenemos bastante.

2. ¿QUÉ NOS ENSEÑA *MECANÓPOLIS*?

La profesora Villar, no solo emprendió la edición y rescate de este cuento, sino que dedicó, junto con Mario Ramos, un excelente artículo a su exégesis². Según los autores, el relato nos pone en guardia contra la excesiva mecanización de nuestras vidas, que amenaza ya con convertirse en una suerte de idolatría hacia la máquina. Se sugiere, a través del cuento, una reorientación del progreso que no olvide la sabiduría, así como una crítica al cientificismo.

La posición de Unamuno respecto de la ciencia moderna, como es sabido, evolucionó, desde un primitivo positivismo de juventud, hasta un distanciamiento crítico en su madurez. Pero su pensamiento en conjunto no llegó a ser anticientífico ni contrario a la técnica, sino duramente crítico para con el cientificismo, que no es la misma cosa. “Ciencia sí, cientificismo no”³. Con esta fórmula resumen Villar y Ramos la posición unamuniana.

En el fondo, el cuento alberga un mensaje antropológico y autobiográfico. Lo crucial, para Unamuno, es que el ser humano recupere la centralidad y el sentido, que no se vea marginado e instrumentalizado por sus propias creaciones mecánicas. Todo ello se formula a través de un universo simbólico que Unamuno emplea en diversos lugares de su obra. Por ejemplo, el desierto inicial simboliza la sed de sentido que padece el ser

² A. VILLAR y M. RAMOS, “*Mecanópolis*: una distopía de Miguel de Unamuno”, *Pensamiento*, vol. 75 (2019), núm. 283, pp. 321-343.

³ *ibid.*, p. 323.

humano, y que don Miguel sintió como propia. “Su sed de conocimientos –recuerdan Alicia Villar y Mario Ramos- no se calmaba con sus lecturas y el mar de la ciencia al que acudía para saciarse, era agua salada que acrecentaba su sed, su sed de sentido [...] asociará el intelectualismo con el desierto; la fe ciega en el progreso con la embriaguez y el espejismo”⁴. De ahí que el cuento arranque en mitad del desierto y se desarrolle a través de un oasis que es, en realidad, la puerta hacia el espejismo de una ciudad perfectamente automatizada.

“Las máquinas –prosiguen Villar y Ramos- irán adquiriendo protagonismo a lo largo del relato y en su acumulación de funciones y decisiones acabarán por atormentar al protagonista”⁵, que será llevado así al borde de la locura y del suicidio. Frente a ello, y a través de la peripecia final del relato, Unamuno reivindica las relaciones personales y la contemplación de la naturaleza: “Ante el vacío existencial padecido en la ciudad de Mecnópolis descubre el antídoto en el humanismo y el contacto con la naturaleza”⁶. A través de ello sí se puede dar un auténtico progreso. En cambio, “asumir que los progresos tecnológicos conllevan un avance correlativo en los seres humanos sería únicamente una leyenda antropológica”, ante la cual explora nuestro cuento “una de las emociones más ubicuas y extendidas de la vida moderna: el miedo a la máquina y al hombre artificial”⁷.

En todo caso, el tema central es antropológico, tiene que ver con la vida humana en medio de una sociedad obsesionada con el llamado progreso tecnológico. El enfoque es claramente existencial, en búsqueda del sentido, centrado en la sed del mismo y en la condición solitaria y arrojada del ser humano. La ciudad de máquinas es observada por el ojo humano, y desde esta perspectiva nos da Unamuno acceso a la misma. Conocemos Mecnópolis –la ciudad- al mismo tiempo que la conoce y recorre el protagonista del cuento, la vemos a través de sus ojos. *Mecnópolis* –el cuento- nos enseña literariamente la solitaria condición humana en un mundo invadido por lo mecánico.

⁴ ibid., pp. 322-323.

⁵ ibid., p. 327.

⁶ ibid., p. 339.

⁷ ibid., p. 334.

3. MECANÓPOLIS, DÍA CERO

Mi intención, en adelante, consistirá en sacar partido filosófico de la ficción unamuniana mediante una manipulación de la misma; o si se quiere, mediante una radicalización. Además, el objetivo de la reflexión que sigue tendrá un carácter más ontológico que antropológico. “El relato de Unamuno –interpretan Villar y Ramos- es un cuento aparentemente y engañosamente sencillo que entraña una distopía postantropocéntrica”⁸. Es decir, el cuento se desarrolla en un mundo en el cual el ser humano ha sido desplazado del centro. Lo que buscamos ahora es inspiración en el relato para pensar un mundo *post-antrópico*. Aquí, el ser humano no es que haya sido desplazado a una periferia axiológica, sino que simplemente ha salido por completo del plano.

Propongo, pues, evitar el punto de vista humano (o fingirlo al menos), la presencia misma en escena de un congénere. Pensemos Mekanópolis no el día primero, el de la llegada del viajero, sino el día cero, la jornada en la cual la ciudad no albergaba más que máquinas. Veamos ahora qué rendimiento filosófico se puede obtener de esta ficción radical, de este experimento mental que nos viene inevitablemente sugerido por el cuento. ¿Cómo era Mekanópolis el día cero, el día que ni cuenta ni puede ser contado?, ¿podríamos utilizar este experimento mental para abordar cuestiones ontológicas actuales, relacionadas, por ejemplo, con la llamada inteligencia artificial?

3. 1. Algo llamado inteligencia artificial (IA)

Si tuviésemos que traer a nuestros días la narración que nos presenta Unamuno, posiblemente los protagonistas maquinales del mismo no serían ya los pobres tranvías, ni los automóviles que tanto impresionaban en tiempo del insigne rector de la Universidad de Salamanca. Nos referiríamos, sin duda, a los sistemas llamados de inteligencia artificial (IA), que parecen gobernarlo hoy todo, que suponen, en nuestros días, una gran ayuda mecánica, al mismo tiempo que la más radical amenaza de deshumanización.

Lo más elemental que podemos preguntarnos en clave ontológica es si la IA existe o no. Luc Julia, quien dirigió el equipo de desarrollo de SIRI en Apple, titula uno de sus libros de manera provocadora: *L'intelligence artificielle n'existe pas*⁹ [La inteligencia artificial no existe]. No es que no exista algo a lo que llamamos IA, es que la denominación es

⁸ *ibid.*, p. 335.

⁹ L. JULIA, *L'intelligence artificielle n'existe pas*, Éditions First, París, 2019.

desorientadora, tal vez simplemente errónea. Los sistemas de IA sí tienen algo que ver con la inteligencia, pero lo que tienen de inteligentes lo pone el ser humano, no es artificial, y lo que tienen de artificial no es en absoluto inteligente. Un sistema de IA incluye muchos elementos. También un sistema de transporte o un dispensador de comida, como los que aparecen en el relato unamuniano. Pero un elemento crucial de estos sistemas es un usuario con ciertos conocimientos e intenciones. Fuera del sistema, cualquier parte artificial del mismo deja de ser lo que es dentro del sistema, para convertirse en una simple masa de equis kilogramos. Un sistema de IA exige también todo un entramado de nexos entre el sistema eléctrico, las computadoras y su software, así como una red de carácter social urdida por personas que diseñan, mantienen y utilizan el sistema de IA, que configuran un marco legal e institucional en el que dicho sistema se asienta y cobra sentido...

Una computadora aislada de las personas, en una ciudad sin habitantes, no es ya una computadora, pasa a ser una simple masa física dentro de la cual se producen cambios electromagnéticos. O sea, las personas también forman parte de los sistemas de IA, como diseñadoras, mantenedoras, reguladoras, usuarias, supervisoras... Es en estas personas, y no en la parte artificial, en las que reside la inteligencia de un sistema de IA. Las máquinas no pueden ser inteligentes. Esta limitación no responde a un problema técnico que pueda ser subsanado, sino a una cuestión ontológica de base.

A veces se afirma que las máquinas pueden resolver problemas. “Las máquinas parecen poder resolverlo todo”¹⁰, leemos en el texto de Villar y Ramos. Pero no resuelven *sus* problemas, dado que ni siquiera pueden tenerlos. Para una máquina de reconocimiento facial, el reconocer o no a un delincuente no supone un problema. Es un problema para la seguridad de las personas. Por supuesto, el mismo sistema puede servir para controlar a la población de un país y para facilitar allí la represión política. Pero esto tampoco es un problema para las cámaras o para el software implicado. Lo es, indudablemente, para los sufridos súbditos del país en cuestión. Tampoco los tranvías, ni los automóviles, ni las máquinas de *vending* tienen problemas. Los problemas los tenemos nosotros, como seres humanos. Solo un ser vivo puede morir o sufrir, solo una persona puede tener sed de sentido. Estos son problemas.

¹⁰ A. VILLAR y M. RAMOS, 2019, p. 337.

La propia noción de *función* remite inexorablemente a la de un ser para la cual un efecto dado es funcional. Aquí, los sistemas artificiales dependen también de la funcionalidad que puedan tener para el ser humano. Fuera del marco humano, las luces que se encienden y apagan en una pantalla o los movimientos de un tranvía son meros efectos, no cumplen funciones. Hemos leído más arriba que en *Mecanópolis* las máquinas acumulan “funciones y decisiones”. Pero las funciones solo son tales cuando aparece por la ciudad el protagonista humano del relato. El día cero las máquinas no funcionaban, simplemente se movían, no producían funciones, sino meros efectos. Es la presencia del ser humano la que convierte las estructuras físicas en algo a lo que podemos llamar con razón, solo ahora, ciudad, las masas metálicas en máquinas funcionales. Por supuesto, tampoco toman decisiones. Algún humano, en algún momento del pasado y antes de salir de plano, tomó la decisión de diseñarlas, fabricarlas y ponerlas en movimiento; a partir de ahí, hablar de decisiones de las máquinas es simple licencia lingüística.

El autor introduce en la ciudad mecanizada un punto de vista, el del protagonista humano, lo cual le permite describir la urbe en términos inteligibles, como algo más que un amasijo de materiales en movimiento. El día en que el protagonista aparece por la ciudad, los movimientos de las máquinas, simples efectos hasta entonces, comienzan a ser funcionales. El punto de vista humano cambia incluso su ontología: un pedazo de metal que gira sobre otro, por ejemplo, pasa a ser la rueda de un tranvía.

Lo dicho hasta aquí afecta a cualquier sistema tecnológico (de lavado, de transporte, de producción de energía, de comunicación...). Todos ellos, si se colocan al margen de lo humano, pierden la funcionalidad, pasan a ser meros sistemas de efectos físicos. Como quiera que su ontología viene dada por su función, pierden también su rango ontológico, dejan de ser lo que eran.

Solemos imaginar, en cambio, que en nuestra ausencia las cosas siguen teniendo la misma entidad que en nuestra presencia. Así, imaginamos que una máquina que forma parte de un sistema de IA, junto con ciertas personas, sigue siendo inteligente, sigue constituyendo un sistema de IA, aunque prescindamos de la mirada, de la presencia, de esas personas. Pero erramos. Y no por un exceso de imaginación, sino por una falta de imaginación. No es fácil imaginar cómo se ve el mundo cuando el mundo no es visto.

La mirada del ser humano sostiene el ser de lo artificial. Sin la mirada de una persona, lo artificial se aplana, queda en pura realidad física. De ahí la dificultad de imaginar. Es más fácil soñar que todo sigue igual cuando dejo de mirar. El niño cierra la puerta del

frigorífico e imagina su interior iluminado. No por una imaginación desbocada, sino por incapacidad para imaginar la oscuridad que nunca ve, pues cuando lo vuelve a abrir “ahí sigue” la luz.

¿Cómo imaginaríamos ahora Mekanópolis en el día cero? Un mundo post-humano controlado por robots dotados de IA se abriría paso. Pero quizá podríamos imaginar, por el contrario, que las máquinas dejadas a sí mismas pronto producirían fallos en virtud de la tendencia general a la entropía, de los defectos de diseño y construcción, así como de la dificultad para obtener energía estable; decaerían y se verían incorporadas a los procesos naturales de tipo físico, como la erosión, químico, como la oxidación o biológico. De hecho, toda máquina, y más aun las más sofisticadas, ha de ser mantenida. O sea, “man-tenida”, es decir, llevada de la mano por las personas.

Cuando la mirada humana, cuando la mano de la persona sale de escena (o todavía no ha llegado), Mekanópolis no es una ciudad de máquinas, sino un montón de materia metálica en movimiento. Incluso un sistema de IA en ausencia de personas dejaría inmediatamente de ser inteligente. Ya no hay datos. Ya no entiende nada. Ya no simula nada. Ya no cumple función alguna. Sus problemas se han acabado al fin. Lo que llamábamos información se diluye. Una decisión deja de serlo. En suma, Mekanópolis-día-cero, aun contando en ella con la llamada IA, no es una ciudad, es un espacio indecible de materia en movimiento. Por eso Unamuno se ve obligado, como recurso narrativo imprescindible, a introducir al viajero en dicho espacio, aunque solo sea para poder decir algo al respecto.

3. 2. **Ecología *anantrópica***

Demos ahora un paso más en la radicalización de la hipótesis. Hemos pasado de un escenario post-antropocéntrico (el ser humano no importa) a uno simplemente post-antrópico (el ser humano no está ya/todavía). En este último, los constructores humanos ya se han ido de Mekanópolis y el viajero unamuniano todavía no ha llegado, pero llegará, y con él la posibilidad de narrar los días contados. Ahora propongo considerar un universo *anantrópico*. ¿Para qué puede servirnos en filosofía este nuevo experimento mental? Para abordar otro problema filosófico candente, el del valor intrínseco de los seres naturales.

Veamos, Robin Attfield¹¹ conecta el nacimiento de la ética ambiental con un experimento mental propuesto por el filósofo australiano Richard Routley. Se refiere al llamado experimento del último hombre (*the Last Man thought-experiment*). Si quedase solo un humano sobre la Tierra, sabedor de que él mismo va a morir en breve, y con ello la entera familia humana, podría dañar arbitrariamente a los demás seres vivos, incluso acabar con todos ellos, sin que ningún humano resultase perjudicado. Aun así, según una intuición moral muy compartida, el daño gratuito causado a los demás seres vivos no sería éticamente correcto. ¿Por qué? Quizá porque reconocemos en el resto de los vivientes un valor propio, además del valor instrumental que puedan tener para nosotros. Sobre esta base se ha desarrollado la ética ambiental. En el lugar de la tradicional ética antropocéntrica aparecieron las éticas post-antropocéntricas, es decir, biocentristas y ecocentristas¹².

Apelemos ahora a otro experimento mental. Llamémosle *experimento mental del universo anantrópico*. Eliminemos ahora al último hombre. No hay seres humanos en el universo, nunca los hubo y nunca los habrá, ni siquiera existe la posibilidad de que los haya. Por lo tanto, ahora Mecnópolis se ha quedado incluso sin máquinas. Ha dejado de ser *polis*, pues sin habitantes no hay tal cosa. Ha dejado también de ser *mecano*, ya que sin la existencia, siquiera pasada, de seres humanos tampoco puede haber artefactos. Hemos deconstruido por completo la ciudad que con tanto esmero nos ingenió Unamuno. Estamos ante un universo *anantrópico*. ¿Cómo estaría repartido el valor en un mundo así? ¿Hay algún mal en que un agujero negro se trague una estrella o una galaxia completa, si es que en nuestro ficticio universo pudiera haber tales cosas? Un universo *anantrópico* es un universo carente de toda posibilidad de valor. Este experimento mental da sentido –de paso– a la intuición moral que emerge en el de Routley: el último ser humano no debería dañar su entorno porque dicho entorno entraña la posibilidad de que existan seres humanos.

Si queremos insuflar algo de valor al universo, hemos de contar con la presencia (al menos posible) del ser humano y con una antropología de la dignidad de la persona. Si reconocemos a cada persona un valor infinito, un valor en sí absoluto, entonces podemos reconocer el valor intrínseco del resto de los seres. Una vez establecido el valor absoluto de la vida humana, el resto de los seres no pasan a ser meros instrumentos. Tienen además

¹¹ R. ATTFIELD, *Environmental Ethics. A Very Short Introduction*, OUP, Oxford, 2018, pp. 48-50.

¹² Cf. ATTFIELD, 2018, pp. 74-76.

valor propio, ya que la mera posibilidad de valor es ya un valor. “La capacidad de valor –sostiene Hans Jonas- es en sí misma un valor”¹³. Esta última frase es la clave de bóveda. A partir de la misma, una ética antropocéntrica puede hacerse perfectamente compatible con el reconocimiento del valor inherente de todos los seres. Es más, lo funda.

4. DE REGRESO A CASA

Si reconocemos la dignidad de cada persona, entonces hemos de reconocer el valor de los seres naturales que, en su conjunto, posibilitan la existencia de las personas sobre la Tierra. Habitamos un universo antrópico, hospitalario para con el ser humano, para con un ser infinitamente valioso, luego la mera posibilidad que este nuestro universo tiene de hospedar a los seres humanos es ya un valor intrínseco del mismo. Y lo mismo puede decirse de cada uno de los seres que lo integran.

El relato de Unamuno -de un modo que no precisaré- devuelve al protagonista a un ámbito hospitalario para con el ser humano, a una atmósfera humanizada y hogareña, donde la dignidad de las personas regresa al centro axiológico de la vida. Con el arco que traza, el autor nos muestra que resulta crucial la centralidad humana, que un maquinismo post-antropocéntrico sume a las personas en la soledad, o en la falsa compañía –diríamos hoy- de *amigables* pantallas y robots, las empuja al sinsentido y al suicidio. Pero es que además, con el ser humano arrinconado o extinto, la propia máquina pierde su función y ontología, y el universo, con los seres naturales que lo integran, quizá ceda incluso su valor inherente.

Todo viaje filosófico, desde el Mito de la Caverna en adelante, cubre un trayecto de ida y vuelta. Regresó el protagonista del cuento, finalmente, al ámbito humano. Volvamos nosotros ahora también a nuestro punto de partida: el excelente trabajo que Alicia Villar está realizando con la obra de Unamuno, su original y meticulosa labor de recuperación, estudio, interpretación y difusión de la misma, reviste, además de un alto interés historiográfico, un indudable valor para la filosofía en sus más actuales debates. Por todo ello (y más), ¡gracias, Alicia!

¹³ H. JONAS, *El principio de responsabilidad*, Herder, Barcelona, 1995, pp. 95-96.